

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

El imperativo del desarme [The imperative of disarmament]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Sorsa, Kalevi
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-17 04:11:21
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221887

El imperativo del desarme

Kalevi Sorsa

Kalevi Sorsa. Vicepresidente de la Internacional Socialista, presidente del Partido Socialdemócrata Finlandés, presidente del Grupo de Estudios sobre Desarme de la Internacional Socialista.

"Nos encontramos frente a una emergencia. La carrera armamentista debe ser controlada; la acumulación progresiva de fuerzas debe convertirse en limitaciones, en reducciones y en desarme real. Pero decirlo no basta. En todos los países necesitamos un cambio profundo de nuestra manera de pensar con respecto a las armas, la paz, la seguridad y el desarrollo. De lo contrario, hablar sobre el desarme seguirá siendo más un deseo que una esperanza.

Se está impulsando la carrera armamentista a velocidad récord. Esta carrera involucra a todo tipo de países, a grandes y pequeños, a los miembros de la OTAN y del Pacto de Varsovia, así como a los No Alineados, a los desarrollados y a los subdesarrollados. Como resultado de ello, crece el acopio de armas nucleares cada vez más efectivas y de otros medios de destrucción masiva. Al mismo tiempo, la carrera armamentista está produciendo una escalada en la proliferación de armas nucleares cada vez más efectivas y de otros medios de destrucción masiva. Al mismo tiempo, la carrera armamentista está produciendo una escalada en la proliferación de armas convencionales con poder destructivo creciente.

Paralelo a ello, un sentimiento de inseguridad se extiende entre las naciones, como no se había dado desde los días más peligrosos de la guerra fría. Hoy mismo estamos experimentando la guerra; vemos a los políticos en el poder empleados en ello. Y entre todos los que se han salvado del uso abierto de la fuerza, crece la suspicacia con respecto a las intenciones de los otros participantes en la misma carrera armamentista.

El mundo de hoy es probablemente el mejor ejemplo de la verdad de que las armas no pueden comprar la seguridad. Nos encontramos en una encrucijada donde la extensión de la tecnología armamentista y el incremento de las tensiones internacionales se interceptan con la falta de seguridad".

Estas fueron las conclusiones centrales que, en mi calidad de presidente del Grupo para el Desarme de la Internacional Socialista, pude extraer a finales de 1980, en el 15 Congreso de la Internacional, después de dos días de trabajo intensivo del grupo.

Estas conclusiones son aún válidas. La situación internacional - hasta donde es posible - continua deteriorándose; la distensión se ha topado con las más grandes dificultades y la amenaza de los conflictos armados ha aumentado.

El imperativo del cambio - el cual necesariamente debe abordar las causa de los conflictos, así como el armamento existente y nuestra propia manera de pensar sobre la política de seguridad se ha hecho aún más evidente.

Entre los pocos fenómenos positivos que se han dado en los últimos años está el despertar a una conciencia más clara de este imperativo de cambio, y como consecuencia de ello, el Movimiento por la Paz ha asumido proporciones considerables, quizás, particularmente en Europa.

Análisis de la situación

Los hechos relacionados con el rearmamentismo mundial son, hoy en día, bien conocidos. Sabemos que los recursos económicos que se canalizan hacia el armamento aumentan año tras año, aproximándose ya a los 600 billones de dólares. Sabemos que en el mundo se gasta mucho menos que eso en educación y salud, para no mencionar las sumas de dinero que los países industrializados asignan para ayudar al desarrollo. Sabemos que decenas de millones de personas en el mundo están vinculadas a las funciones militares: en el ejército, en la administración de la defensa, en la producción militar. Y sabemos también que la fuerza explosiva combinada de los arsenales nucleares de las grandes potencias asciende a más de un millón de bombas de Hiroshima.

Pero quizás sea justamente porque el conocimiento de esas realidades fundamentales está tan generalizado que ya no nos estremece. A pesar de que esas verdades deberían estremecer permanentemente a todo ser humano que piense, porque muestran en forma tan gráfica hasta qué punto están distorsionadas las prioridades en el mundo de hoy.

Al mismo tiempo que la carrera armamentista se devora la mayor parte de los recursos materiales y humanos, los problemas de subdesarrollo deben esperar por los recursos que realmente necesitan. Y esto, en un mundo en el cual un quinto de la población sufre de desnutrición y sus consecuencias.

Sin embargo, actualmente la situación del rearme mundial se está desarrollando en una dirección aún más alarmante.

Por un lado, las armas nucleares han llegado a ser, más claramente que nunca, instrumentos de la política: se procura el uso de misiles para reforzar la propia posición de poder y debilitar al oponente. Conjuntamente con ello se desarrolla la coerción económica: forzando al oponente a unirse a la carrera armamentista, se debilita paulatinamente su desarrollo económico. Al mismo tiempo, las condiciones económicas de terceras partes también se ven debilitadas, especialmente en el Tercer Mundo. En este sentido, el rearme es una parte de la lucha económica.

En el campo del armamento estratégico nuclear, su desarrollo ha conducido al crecimiento de la desconfianza, al incremento de la inseguridad y, con ello, al continuo aumento del peligro de una guerra nuclear.

En mi discurso caractericé esta perspectiva de la siguiente manera:

"Vemos delante nuestro una década de acumulación de fuerzas estratégicas sin precedentes si los actuales planes, programas y contraprogramas se implementan - y muchos de ellos están ya en camino. Ahora serán desplegados misiles balísticos intercontinentales, misiles de lanzamiento submarino y bombardeos mucho más destructivos, precisos y sofisticados. Se perfeccionarán los sistemas de comunicación, control, comando y alarma. Y armas de nuevo tipo, tales como las anti-satélite y las láseres, entrarán en juego".

Pero esto no es el cuadro completo. Codo a codo con este cambio cualitativo en la tecnología de las armas, emerge una nueva tendencia en el pensamiento y en las doctrinas estratégicas. El objetivo es la capacidad de **manejar** un conflicto nuclear, controlar su escalada - escalón por escalón - librando luchas "limitadas". Esto es, construir la capacidad para dar el primer golpe y para contragolpear, en el menor tiempo de alarma posible.

Esto equivale a la disuasión **ofensiva**.

Lo crucial ya no es un equilibrio aproximado que se base en la segura capacidad vengadora de un segundo golpe contra objetivos civiles, lo que ha sido siempre más bien un equilibrio simbólico y político que un real equilibrio matemático. Lo que será medido en el futuro - como la base de seguridad más significativa - es el equilibrio **operacional** actual, la capacidad de librar una guerra nuclear, quizás un conflicto prolongado y en muchas fases.

El cambio en la estrategia de las grandes potencias, de una disuasión defensiva a una ofensiva cuando se trabaja por el desarme: es un problema de supervivencia del Hombre sobre la Tierra.

Esta tendencia es más trágica aún porque es un engaño. No hay manera de "ganar" o "pelear" una guerra nuclear, cualquiera sea la tecnología. La disuasión básica - la capacidad de iniciar un holocausto aún después de un primer golpe dado por el oponente - permanece como factor determinante. Estas nuevas doctrinas y la tecnología que las acompaña sólo dan por resultado aminorar el comienzo de la guerra nuclear, haciéndola "concebible".

Tenemos que reconocer que la disuasión es un estado mental, un fenómeno psicológico. Esforzarse por una evasiva disuasión ofensiva es la reflexión más desalentadora del deterioro de las relaciones **políticas** entre las dos principales potencias militares.

Es natural que el cambio - de acuerdo al nuevo pensamiento estratégico - de disuasión a capacidad de emprender una guerra nuclear, haya despertado particular inquietud en Europa. En este continente los arsenales de las alianzas militares están frente a frente y es Europa la que ha visto el amenazador surgimiento de la tentativa de hacer posible el llamado conflicto nuclear limitado. Tal guerra puede significar el aniquilamiento de Europa y ciertamente no puede ser "limitada", sino más bien daría origen a una guerra nuclear estratégica.

Sin embargo, los rasgos alarmantes de la situación del armamentismo mundial no están limitados sólo a las relaciones de las grandes potencias ni a Europa.

Por el contrario, la globalización de la carrera armamentista es un hecho que se reafirma constantemente a sí mismo.

Numerosas regiones del llamado Tercer Mundo han entrado en esta carrera, la cual se come sus escasos recursos y, en numerosos casos, ha tendido a dirigir a estos países hacia la militarización de la sociedad. El vertiginoso crecimiento del comercio internacional de armas ha significado, también, que las guerras del Tercer Mundo han llegado a estar ligadas más estrechamente que antes a la disputa de las grandes potencias por la supremacía, aún cuando la causa del conflicto haya sido interna.

Al mismo tiempo, la aparición de armas más sofisticadas en el Tercer Mundo ha hecho que las guerras que se libran sean más destructivas de lo que nunca antes lo fueron. La acumulación progresiva de armas en el Tercer Mundo está relacionada con su tendencia a la desorganización. Somos testigos del surgimiento de nuevos centros de poder que refuerzan su capacidad militar.

Las contradicciones regionales, que han adquirido un ímpetu propio, alimentan las causas de la carrera armamentista local. Se vuelve cada día más difícil mantener esos problemas y esas contradicciones bajo control, a través de medios económicos y políticos. El recurso al poder coercitivo - indicación de lo que es puntal de la capacidad de intervención militar de las grandes potencias - muestra la reducción alarmante de los medios de los cuales dispone para combatir los factores que generan inseguridad.

El peligro de la proliferación de las armas nucleares continúa cirniéndose sobre el mundo. Cada nuevo Estado con potencia nuclear incrementa el peligro de la catástrofe nuclear, no necesariamente porque esos nuevos Estados sean menos confiables que los predecesores sino simplemente porque aumenta la probabilidad de errores técnicos y malentendidos.

A este respecto, ciertos puntos de vista académicos que han sido enunciados recientemente en relación al supuesto efecto estabilizador de la expansión de las armas nucleares, no resisten el test de los fríos hechos. La existencia de nuevos Estados con potencial nuclear hace aumentar también el peligro de que las grandes

potencias se vean arrastradas a conflictos en los cuales las armas nucleares sean empleadas o blandidas como amenaza.

Una estrategia de acción

Está claro que el objetivo último de la tentativa del desarme es lo que toda la comunidad internacional ha aprobado como la meta final a ser alcanzada de aquí a veinte años: Desarme general y completo bajo efectivo control internacional.

Pero lo que nosotros necesitamos ahora es un programa de acción de emergencia para el desarme.

Primero: los Estados Unidos y la Unión Soviética deben continuar el proceso de limitación y reducción de armas estratégicas. Deben respetar las obligaciones asumidas en el proyecto de tratado SALT II y comenzar nuevas negociaciones con respecto a dichas limitaciones y reducciones. De lo contrario, la credibilidad de todo el proceso de desarme se verá paulatinamente debilitada. Deben abstenerse de introducir nuevas armas estratégicas desestabilizadoras, incluyendo armas eu-roestratégicas.

Segundo: deberían negociarse e implementarse programas regionales para el desarme, entre todos los Estados de diferentes regiones. Estos programas deberían ser amplios, apuntando tanto al control del armamento como al ajuste político. A este respecto, América Latina puede dar un ejemplo con la Declaración de Ayacucho; ésta se propone prevenir tanto la militarización de la región como la desviación de recursos de la satisfacción de las necesidades básicas. La implementación de los propósitos de esta Declaración sería pertinente especialmente ahora que la agitación y la represión se extienden por el continente.

Tercero: se deben preparar planes para desviar recursos materiales y humanos de uso militar hacia el combate del subdesarrollo y de otras injusticias sociales.

Cuarto: debemos empezar a preparar a la sociedad para el desarme. Esto requiere un trabajo organizado a todos los niveles: político, económico y de educación.

Los Estados más pesadamente armados del mundo, ante todo los Estados Unidos y la Unión Soviética, tienen la responsabilidad primordial para detener la carrera armamentista. Es tarea de ellos - como año tras año lo ha afirmado la Asamblea General de las Naciones Unidas - poner límites tanto cualitativos, como cuantitativos a su armamento estratégico y garantizar reducciones esenciales. El progreso de un buen número de otras negociaciones sobre el desarme depende del destino de las conversaciones SALT II. Por esta razón, los acuerdos que ya se han alcanzado deben ser ratificados y observados; más aún, deben refutarse las especulaciones respecto a que los acuerdos existentes serían botados a la basura y deberían comenzarse nuevas negociaciones para la reducción de armas estratégicas. Deben

combatirse enérgicamente los propósitos de rescindir los acuerdos ABM* que limitan los sistemas antimisiles. Si estos propósitos triunfaran, se echarían a perder otras tentativas para limitar las armas nucleares.

Las dos grandes potencias son también responsables de limitar los misiles balísticos de alcance medio, tema que - visto desde la perspectiva europea - es actualmente uno de los problemas focales en las discusiones sobre seguridad. Esas armas son el producto de un nuevo giro peligroso en las doctrinas estratégicas respecto a dar el primer golpe y a las opciones limitadas.

Ese tipo de armas debe ser efectivamente limitado y reducido con el objeto de alcanzar el equilibrio al nivel más bajo posible.

El hecho de que recientemente se hayan puesto en marcha las negociaciones en torno a dichas armas, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, debe verse como un signo positivo. Sin embargo, la atmósfera no es positiva para el éxito de las negociaciones desde ya difíciles. Las tensiones internas de las alianzas militares y la falta de control del desarrollo social, de lo cual hay ejemplos aún en América Latina, incrementa todavía más el peso de dicha tirantez.

En una atmósfera de acusaciones mutuas, la desconfianza no puede sino crecer; indudablemente es un hecho reconocido que el desarme sólo puede tener éxito cuando prevalezca la confianza mutua entre las partes involucradas.

Es esencial que los asuntos sean examinados de acuerdo a su propio orden de importancia; los problemas principales deberían ser colocados en primer lugar y buscarse sus soluciones. Y nada puede ser más importante que evitar una guerra nuclear.

Más arriba enfatiqué especialmente la responsabilidad de las grandes potencias en la detención de la carrera armamentista, en la creación de una atmósfera que conduzca al desarme y en la reiniciación de las conversaciones que se habían venido sosteniendo.

Aún así, no hay que olvidar que la responsabilidad del desarme es de todos los Estados, como se afirmó unánimemente en 1978, para la primera Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicadas al desarme.

Todos los Estados tienen el derecho a decir su palabra en relación a las cuestiones que tienen consecuencias decisivas en el destino de todos y cada uno de ellos.

Esta responsabilidad compartida significa dos cosas. En primer lugar que al interior de la estructura de las Naciones Unidas se debe crear un **programa** general de desarme; este programa debe expresar los puntos de vista de los Estados en re-

* Misiles antibalísticos.

lación a las prioridades, debe precisar modos de acción para el desarme y debe tomar en consideración sus propios intereses con respecto a la seguridad.

Hablando en general, es necesario procurar el reforzamiento del rol de Naciones Unidas como un apoyo colectivo para la seguridad.

En segundo lugar, empleando una perspectiva regional, podemos tomar en cuenta, de una manera más concreta y detallada, los problemas y puntos de vista específicos de diferentes países, a los cuales se les pueda buscar soluciones universales.

Estos programas regionales, al ser negociados entre los países de la zona, podrían incorporar diferentes ideas y proposiciones así como procesos, ya en curso, y asentar programas de acción o, al menos, una agenda que prevea medidas y negociaciones ulteriores. Deberían estar informados tanto de los problemas y urgencias específicas de la región, como del rol que allí juegan las potencias exteriores a ella.

Examinemos la situación.

Nos enfrentamos a un expansivo comercio de armas desde las grandes potencias y desde los países industrializados en general hacia el Tercer Mundo y entre los pequeños y medianos países. Estamos advirtiendo todos los días acerca del incremento de la peligrosa emergencia de la proliferación nuclear.

Ambas proposiciones están ligadas a las regiones del mundo más amenazadas por la tensión y con mayores dificultades - áreas donde el conflicto armado y la amenaza de conflicto con fuerzas internas o externas a la región es una realidad.

Un enfoque regional pondría la responsabilidad del desarme sobre los hombros de cada uno de los Estados. Incrementaría una paridad real por caminos mucho más concretos que la más global de las deliberaciones en Naciones Unidas. Podría dar resultados tangibles en un período relativamente corto. Podría integrar los arreglos pacíficos de los conflictos y las medidas políticas generadoras de confianza con medidas concretas de control de armamento.

Un enfoque regional podría también contribuir a la solución de aquellos conflictos regionales que aparecen como permanentes y que están en el corazón de las tensiones entre las grandes potencias, hoy en día. Sólo necesitamos tomar dos ejemplos: Europa y Medio Oriente.

En Europa, el enfoque regional dentro de la estructura de la CSCE^{''} ha llevado a resultados históricos en el pasado. Debemos ir más lejos. Una conferencia para el

^{''} Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa.

desarme en Europa es una necesidad si estamos por mantener viable la continuidad del proceso de Helsinki.

La meta inmediata es evitar una nueva espiral en la carrera armamentista nuclear en Europa. Y el objetivo a largo plazo es claro: deberían ser retiradas de este continente todas las armas nucleares. Estoy convencido de que la idea de zonas libres de armas nucleares será el foco de los esfuerzos regionales y subregionales por la seguridad.

La voz de decenas de millones de europeos en favor del desarme es una poderosa indicación de la vitalidad de los esfuerzos por la paz. Que el gobierno de mi propio país haya desarrollado una determinada actividad apuntando a la creación de una zona desnuclearizada en el norte de Europa - aunque el propósito principal sea, naturalmente reforzar la estabilidad de las condiciones políticas del sector norte del continente - se puede ver como un elemento positivo en este amplio proceso hacia una Europa libre de armas nucleares. Sugerí que uno de los caminos para progresar en el propósito de prevenir una guerra nuclear y para desplazar la amenaza que representa el aumento de las armas nucleares se puede mejorar no sólo aplicando medidas más estrictas para salvaguardar la seguridad regional, sino también por la adhesión de todas las naciones de la región al régimen global de no proliferación.

Hablando de las posibilidades del acercamiento regional y de zonas desnuclearizadas, hay aquí una razón muy particular para dar un justo crédito a los países de América Latina y logros en este campo. El acuerdo de Tlatelolco es, aún, la única estructura referida a una zona desnuclearizada que cubre una región poblada y que ha alcanzado el nivel de un pacto formal. Como resultado de los esfuerzos incesantes hechos por los Estados de este continente, el sistema instituido por el acuerdo ha llegado a ser mucho más completo con el transcurrir de los años, que cuando fue establecido por los Estados de la región y otros Estados externos a ella que llegaron a ser signatarios de sus documentos complementarios. Aunque las condiciones especiales que prevalecen en cada región deben ser, naturalmente, tomadas en cuenta, es un hecho indiscutible que el Tratado de Tlatelolco ha resultado ser un ejemplo inspirador para motivar los esfuerzos por el desarme en muchas otras regiones. Esta zona desnuclearizada debe ser llevada a su más completa vigencia en todo el continente.

Hacia una nueva concepción de seguridad

Sería fácil dejar la responsabilidad de comenzar con el desarme a las grandes potencias y a otros países. Europa, por ejemplo, podría y debería ayudar en las conversaciones de las grandes potencias para sacarlas de su actual estancamiento. Pero debemos recordar que el desarme, en tanto proceso político, debe ser iniciado por cada uno de nosotros.

Cada uno de nosotros puede hacer algo. Una parte esencial del trabajo que debe ser hecho en interés del desarme es el cambio al interior de cada sociedad y, en último término, el cambio de mentalidad con respecto a la política de seguridad.

Debemos empezar a planificar la paz, preparando a las sociedades para nuevas estructuras de paz. Un ejemplo son los planes para convertir las industrias de producción civil. La investigación, la información y la educación sobre el desarme deben ser organizadas a través de toda la sociedad. Como primera medida, los recursos dedicados a esta tarea deben ser sustancialmente aumentados.

Hay claros signos de fatiga en la carrera armamentista de los países pequeños y medianos. Debido a razones económicas, técnicas, tanto como a factores de política interior, se les va haciendo más difícil mantener o incrementar sus gastos de defensa. Deben enfrentar una opinión pública renuente cuando piden más dinero para armas.

Es evidente que en particular los países pequeños deberían basar su seguridad cada vez más en la confianza mutua, en la distensión regional, en la cooperación y en una fuerza militar exclusivamente defensiva. Los países pequeños pueden ser los innovadores de los nuevos tipos de política de seguridad.

La planificación de la seguridad debe ser democrática y transparente. Deberían establecerse comisiones parlamentarias especiales para el desarme, entregándoles una real influencia en la toma de decisiones.

Así como la guerra es demasiado importante para que quede en manos de los soldados, la paz es demasiado importante para dejársela sólo a los hombres de Estado y a los políticos. Al fin y al cabo, las esperanzas de los pueblos están en los pueblos mismos.

El trabajo fundamental de cualquier esfuerzo verdadero por el desarme debe estar en la conciencia del pueblo, en el conocimiento de su absoluta necesidad. Es allí donde nace la voluntad política.

A pesar de que los trabajos que se realizan por el desarme se ven enfrentados, ahora, a muchas dificultades y a pesar de que las políticas de control de la carrera armamentista parecen a veces, estar frente a problemas insuperables, la tarea no es imposible.

Debemos reconocer que los hombres - no las armas - terminan nuestro nimbo. La tarea más importante - hora es la de crear la voluntad política, el coraje y prudencia.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 59 Marzo- Abril de 1982, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.